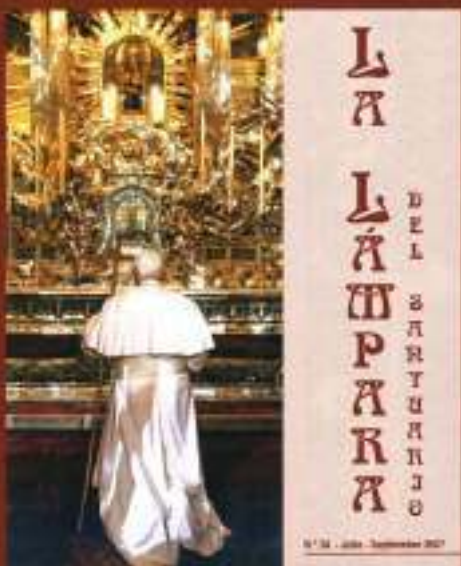


Sumario

- 1 Adorado sea el Santísimo Sacramento
Homenajes a los hombres y homenaje a Dios.
- 3 Nuestra Portada
- 4 Voz de la Iglesia
La Eucaristía, Sacramento del Amor.
- 8 Ave María Purísima
Asunción
- 11 Vivieron la Eucaristía
Alvaro Santos Cejudo
- 14 En Memoria Mía
A vueltas con la participación en la celebración Eucarística.
- 18 Un Gran Libro Tan Pequeño
La Eucaristía en el libro La Imitación de Cristo
- 21 Eucaristía y Vida Cristiana
Diversas y curiosas formas de entender la Eucaristía.
- 24 De nuestra vida
Encuentro de jóvenes adoradores.
- 26 Tres Meses
- 28 Ex-Libris
Vivir la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor.



LA LÁMPARA DEL SANTUARIO

Edita:

Adoración Nocturna Española

Dirección:

Jesús González Prado

Consejo de Redacción:

Pedro García Mendoza

Francisco Garrido Garrido

Avelino González González

Ángel Blanco Marín

Administración:

Victoriano Molina Torrado

Colaboran en este número:

José Luis Otaño

José F. Guijarro

Ángel González Prado

Segundo L. Pérez López

Sonsoles Calavera

Consuelo Martín Yepes

Redacción y Administración:

Barco, 29 - 1.º

Teléf.: 915 226 938 - Fax: 914 465 726

28004 Madrid

www.adoracion-nocturna.org

E-mail: consejo@adoracion-nocturna.es

E-mail: consejo@adoracion-nocturna.org

Imprime:

Gráficas Chamorro

Barreras, 15 - Télf.: 953 740 426

E-mail: juanc.chamorro@telefonica.net

23440 Baeza

Marcan." 535.268

"La Lámpara del Santuario"

Depósito Legal:

M-42307 - 2001

ISSN 1579-9492

ADORADO SEA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

HOMENAJES A LOS HOMBRES Y HOMENAJE A DIOS

YA en nuestras páginas hemos, alguna vez, comentado este tema. Pero nos parece importante y útil, por lo tanto, volver a reflexionar sobre él.

Podría alguien pensar que **"es cuestión de palabras"**. Pues sí, es cuestión de palabras. Pero es que las palabras son muy importantes ya que encierran y expresan ideas, y por eso las palabras lo mismo sirven para comunicarnos con los demás, que para transmitir ideas que sirven para confundir y enrevesar cualquier cuestión.

Nos referimos al caso concreto que cada día nos traen los medios de comunicación: «En homenaje a X se celebrará una misa en la iglesia X». Los «homenajeados» pueden ser un personaje de las letras o de la política, unas víctimas del terrorismo, unos soldados muertos en Irak. Sí, es cuestión de palabras pero dicho así o con palabras parecidas podemos estar vaciando de contenido religioso un acto de oración o igualando un acto social y cívico con lo que la Iglesia, los cristianos, entendemos que se debe hacer por los muertos.

Se puede, y se debe indudablemente hacer, en un parlamento o en una academia, un homenaje a una persona insigne (a veces los homenajes se hacen a personas no demasiado insignes). Es recordar, reconocer, a veces un poco tarde ya, el valor, la trascendencia de algo que hicieron un político, un científico, un artista, un militar...

Tenemos que partir del supuesto de que

ese homenaje no sirve para nada al muerto. Puede servirnos a nosotros: para valorar e imitar esa heroicidad, para compensar nuestra mala conciencia por lo que no hicimos en la vida... Ese fin puede servir para hacer muchas de esas cosas buenas o malas; a veces, para hacer propaganda de nuestras ideas.

Pero para el creyente un funeral, una misa o un sencillo responso tienen una razón de ser muy diferente de muchos de esos homenajes. Ese minuto de silencio que se guarda en un acto público (que no sirve al difunto para nada) nos da a los creyentes ocasión de hacer una sentida oración por las personas que recordamos. Cercana ya a la muerte, la madre de san Agustín, santa Mónica (nos cuenta él en sus admirables "Confesiones"), decía a quienes rodeaban su lecho: «Sepultad este cuerpo en cualquier lugar; esto no os ha de preocupar en absoluto; lo único que os pido es que os acordéis de mí ante el altar del Señor en cualquier lugar donde estéis». El mismo san Agustín, en su tratado sobre "La atención a los muertos" escribía: «El cuidado de celebrar funerales, la solicitud por la sepultura, la pompa de las exequias, más son consuelo para los vivos que ayuda a los muertos».

Y sabemos por qué y para qué oramos por nuestros difuntos y ofrecemos la Eucaristía por ellos: para que Dios perdone sus pecados y premie sus buenas obras, como

decimos en la misa del funeral, porque sabemos que para el encuentro definitivo con Dios necesitamos una purificación total. Y ese don de la misericordia y del perdón de Dios, que es el purgatorio, es ese estado de purificación que es ayudado con nuestros sufragios, nuestras oraciones y nuestras limosnas por nuestros difuntos.

Se dirá que en nuestras eucaristías «hacemos memoria» de los santos. Predicando san Agustín en la fiesta de unos mártires decía: «En estas solemnidades lo primero que se debe recordar es que no se otorga algo a los mártires por el hecho de celebrar estas fiestas. Ellos no tienen necesidad de nuestras festividades porque gozan en los cielos en compañía de los ángeles; pero gozan con nosotros, no si los honramos, sino si los imitamos...»

«Hacer memoria» es traer a nuestro recuerdo y sentimiento a los santos y a nues-

tros difuntos. La Eucaristía es el gran memorial de la muerte y resurrección de Jesús. Es recordar, pero porque Él vive y se hace presente como sacerdote y víctima en el altar, es actualizar, hacer presente, hasta que vuelva, el sacrificio de alabanza y reparación que ÉL ofreció al Padre en el Calvario. Al hacer memoria de los santos glorificamos a Dios que manifiesta su gloria en la asamblea de los santos «y al coronar sus méritos coronamos su propia obra» como rezamos en el prefacio de los santos.

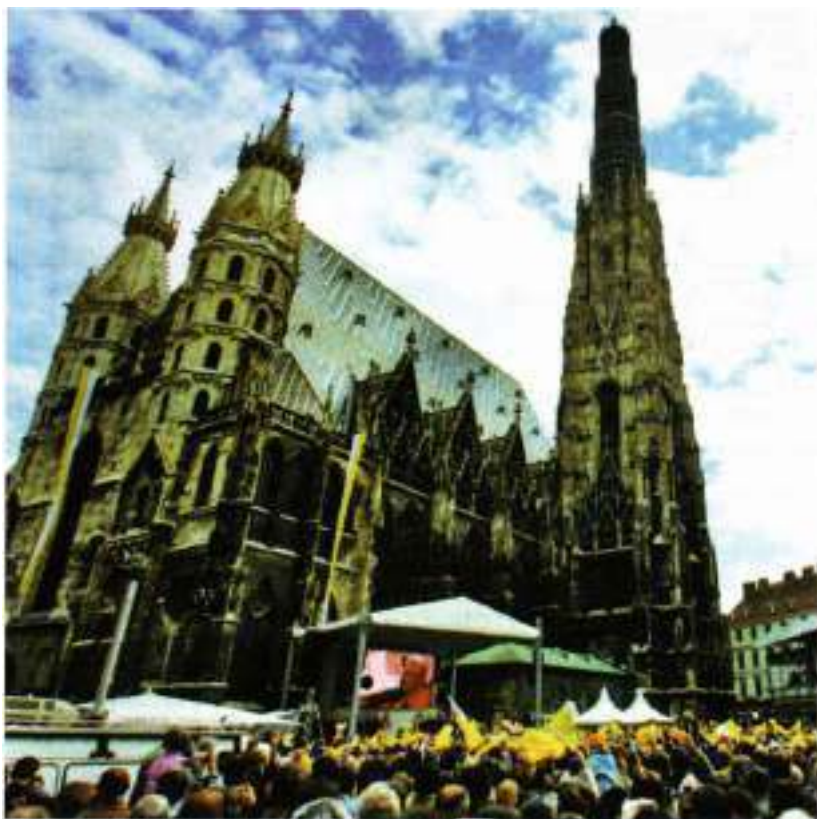
Resumiendo: un funeral no es un «homenaje a un difunto». La Eucaristía es un "homenaje", una gran alabanza a Dios que nos une, en Cristo, a toda la Iglesia y a los bienaventurados que por toda la eternidad alaban, en aquella liturgia celestial de la Jerusalén del cielo al Padre, por el Hijo en el Espíritu Santo.

Por tanto, unido a la asamblea sinodal, recomiendo ardientemente a los Pastores de la Iglesia y al Pueblo de Dios la práctica de la adoración eucarística, tanto personal como comunitaria. A este respecto, será de gran ayuda una catequesis adecuada en la que se explique a los fieles la importancia de este acto de culto que permite vivir más profundamente y con mayor fruto la celebración litúrgica. Además, cuando sea posible, sobre todo en los lugares más poblados, será conveniente indicar las iglesias u oratorios que se pueden dedicar a la adoración perpetua. Recomiendo también que en la formación catequética, sobre todo en el ciclo de preparación para la Primera Comunión, se inicie a los niños en el significado y belleza de estar junto a Jesús, fomentando el asombro por su presencia en la Eucaristía.

Además, quisiera expresar admiración y apoyo a los Institutos de vida consagrada cuyos miembros dedican una parte importante de su tiempo a la adoración eucarística. De este modo ofrecen a todos el ejemplo de personas que se dejan plasmar por la presencia real del Señor. Al mismo tiempo, deseo animar a las asociaciones de fieles, así como a las Cofradías, que tienen esta práctica como un compromiso especial, siendo así fermento de contemplación para toda la Iglesia y llamada a la centralidad de Cristo para la vida de los individuos y de las comunidades.

(Sacramentum Caritatis, nº67)

NUESTRA PORTADA



CATEDRAL DE SAN ESTEBAN, VIENA

DEL 7 al 9 de septiembre, Benedicto XVI, ha llevado a cabo su séptimo viaje apostólico.

El motivo de su viaje, explicó poco después de aterrizar en Austria, visitar *como peregrino*, en su 850 aniversario, el santuario mariano de Mariazell, corazón maternal de Austria y lugar de *especial importancia para húngaros y eslavos*.

Nuestra ilustración muestra al Santo Padre postrado ante el altar de la Virgen.

Extraordinario y hermoso fue todo el mensaje que el Papa dejó, no sólo para Austria sino para todo el mundo, y particularmente para Occidente. Su última homilía en tierras austríacas versó sobre el domingo, de ella recogemos las siguientes ideas:

...El domingo, en nuestras sociedades occidentales se ha convertido en un fin de

semana, en tiempo Ubre... El tiempo Ubre especialmente en medio de la prisa del mundo moderno, es ciertamente algo bello y necesario. Pero si el tiempo libre no tiene un centro interior que ofrece una orientación de conjunto, acaba convirtiéndose en tiempo vacío, que no refuerza ni ofrece descanso...El tiempo libre tiene necesidad de un centro, el encuentro con Aquel que es nuestro origen y nuestra meta.

Recordando el ejemplo de los primeros cristianos, Benedicto XVI explicó, que para ellos, la misa dominical no era vista como un precepto sino como una necesidad interior:

... También nosotros tenemos necesidad del contacto con el Resucitado, que nos apoya hasta después de la muerte. Tenemos necesidad de este encuentro que nos reúne, que nos da un espacio de libertad, que nos permite mirar más allá del activismo de la vida cotidiana para contemplar el amor creador de Dios, del que procedemos y hacia el que estamos en camino.

Ahora bien, el Papa explicó que el domingo también recuerda el último día de la creación de Dios, como es narrada en el Génesis:

.. Por este motivo el domingo también es, en la Iglesia la fiesta semanal de la Creación, la fiesta de la gratitud y de la alegría por la creación de Dios... En una época en la que a causa de nuestras intervenciones humanas la creación aparece expuesta a muchos peligros, tenemos que acoger conscientemente esta dimensión del domingo.

Alcázar



VOZ DE LA IGLESIA

LA EUCARISTÍA, SACRAMENTO DEL AMOR

1. Introducción

El Papa Benedicto XVI nos ha regalado un nuevo documento, como fruto del Sínodo sobre la Eucaristía, celebrado en octubre de 2005 en Roma. Su magisterio entronca claramente con varios documentos de su antecesor Juan Pablo II, y con la importancia que el Papa actual da al sentido cristiano del amor como raíz fontal de nuestro ser a nivel humano y cristiano

"La Eucaristía es luz! En la Palabra de Dios constantemente proclamada, en el pan y en el vino convertidos en Cuerpo y Sangre de Cristo, es precisamente Él, el Señor Resucitado, quien abre la mente y el corazón y se deja reconocer, como sucedió a los dos discípulos de Emaús "al partir el pan" (Cf. Lucas 24,25). En este gesto convivial revivimos el sacrificio de la Cruz, experimentamos el amor infinito de Dios y sentimos la llamada a difundir la luz de Cristo entre los hombres y mujeres de nuestro tiempo" . (Juan Pablo II).

El sacramento de la Eucaristía, por ser don que Jesucristo hace de sí mismo a los suyos — tomad, es mi cuerpo; tomad, es mi sangre—, por ser sacramento del amor

infinito que Dios tiene por cada hombre, o, si prefieren, por ser revelación y comunicación de amor tan admirable, lo podemos designar con Santo Tomás, el Doctor Angélico y gran contemplativo de la Eucaristía, como *Sacramento de la caridad*.

Al situar la Santísima Eucaristía en el orden de las realidades sacramentales, en el marco de la revelación del amor de Dios a los hombres, la situamos en el ámbito de la fe: Lo que vemos, remite, haciéndolo presente, a lo que creemos; lo que vemos significa lo que creemos; en lo que vemos, se nos comunica lo que creemos, mejor, se nos comunica aquel a quien creemos, en quien creemos, por quien creemos.

2. En la mesa del pan y de la palabra

El texto de Juan Pablo II con el que iniciamos esta introducción nos presenta una hermosa síntesis de lo que es la Eucaristía: la acción del resucitado en medio de nosotros que, en la mesa de la palabra y del pan, nos transforma interiormente para llevarnos a la comunión intratrinitaria, nos hace hermanos y anticipa el banquete del Reino. Podemos fijarnos, ya de entrada,

en una dimensión que la teología católica ha acogido como fruto maduro del concilio Vaticano II: la paridad sacramental entre la Palabra y la anáfora eucarística. En la Iglesia, no hay sacramento ni celebración sin palabra. La relación entre Palabra y sacramento, entre Escritura y Eucaristía, es constante en toda celebración litúrgica de la Iglesia. De tal forma que la palabra es palabra de vida que realiza en nosotros la fuerza que emana del sacramento. Esto lo vemos de forma patente en la celebración de la Misa que consta de liturgia de la Palabra y liturgia Eucarística.

3. Haciendo memoria del Señor.

Si los cristianos celebramos la Eucaristía desde los orígenes y, de forma que, en su sustancia, no ha cambiado a través de la gran diversidad de épocas y de familias litúrgicas, sucede porque sabemos que estamos sujetos al mandato del Señor, dado la víspera de su pasión: «haced esto en memoria mía» (1Co 11, 24-25) ».

La Eucaristía es, en sentido específico, «memorial» de la muerte y resurrección del Señor. Celebrando la Eucaristía, la Iglesia hace memoria de Cristo, de lo que

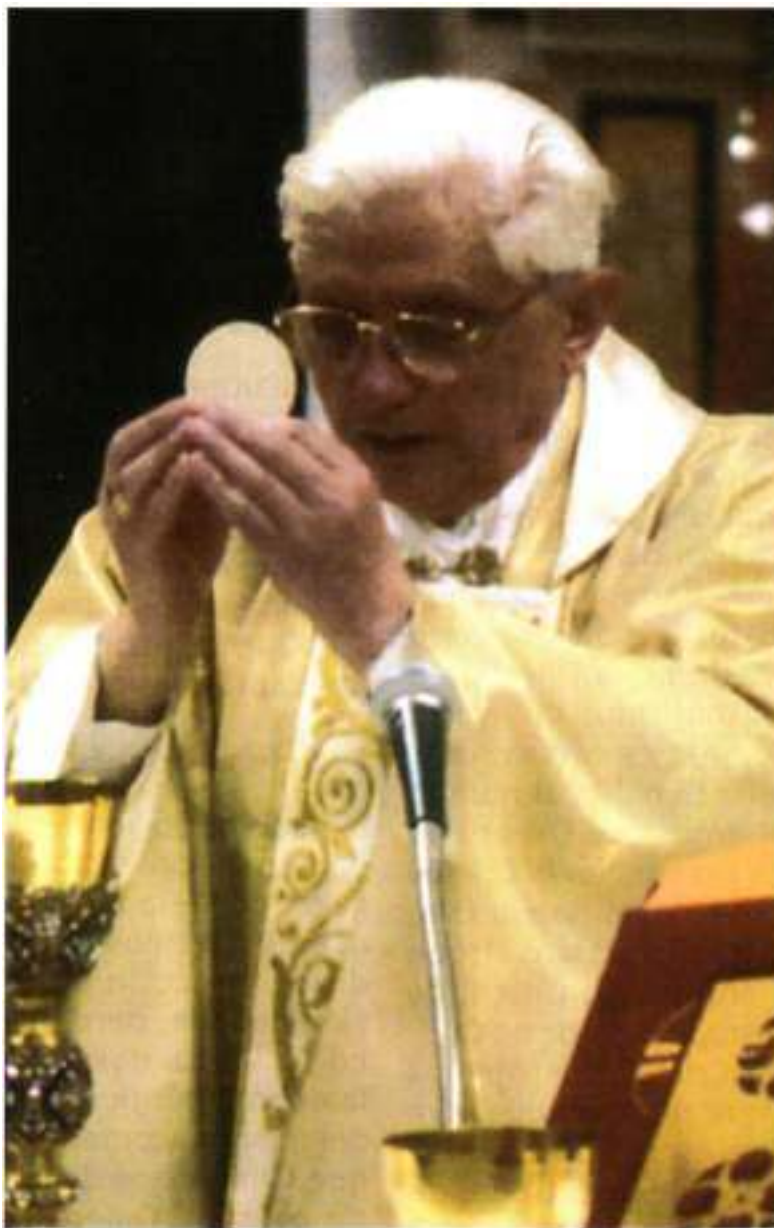
ha hecho y dicho, de su encarnación, muerte, resurrección y ascensión al cielo. En Él hace memoria de la entera historia de la salvación, prefigurada en la antigua alianza.

Hace memoria de aquello que Dios —

Padre, Hijo y Espíritu Santo— ha hecho y hace por la humanidad entera, de la creación a la «recreación» en Cristo, en la espera de su retorno al fin de los tiempos para recapitular en sí todas las cosas.

El «memorial» eucarístico, pasando de la celebración a nuestras actitudes vitales, nos lleva a hacer memoria agradecida de todos los dones recibidos de Dios en Cristo. De él brota una vida distinguida por la «gratitud», por el sentido de «gratuidad» y al mismo tiempo por el sentido de «responsabilidad».

En efecto, recordar lo que Dios ha hecho y hace por nosotros, nutre el camino espiritual. La oración del Padre nuestro nos recuerda que somos hijos del Padre que está en el cielo, hermanos de Jesús, marcados por el Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros Corazones.



4. Como misterio de fe

La Eucaristía es *mysterium* o *sacramentum fidei*, tal como recordamos en cada celebración eucarística justo después de las palabras de la consagración. Por esta razón, si para poder participar en todos los sacramentos se pide la fe, en la Eucaristía, por su propia naturaleza, la existencia de un firme asentimiento de fe es del todo necesaria.

De aquí que la primera parte de la *Mysterium Caritatis* trate específicamente el tema de la fe: Empezamos volviendo los ojos de la fe a lo que no se ve, a lo significado en lo que vemos, a lo más íntimo y más real de aquello que celebramos. Los ojos de la fe penetran en el misterio de la Santísima Trinidad, en el corazón del Padre que quiere la salvación de todos, en el amor del Hijo que por todos se entrega, en la fuerza transformadora del Espíritu Santo que a todos nos reúne en el cuerpo de Cristo. Los ojos de la fe penetran en el misterio de la Iglesia, de la que decimos, sin morirmos de asombro ni de escándalo, que *es el cuerpo de Cristo*, entregada ella también al mundo como memorial del amor que Dios tiene a cada hombre; nos fijamos en la Iglesia de la que decimos que nace, nueva Eva, del costado de Cristo, (mirarán al que traspasaron) de la entrega de Cristo, de la obediencia de Cristo, del amor de Cristo, del sacrificio de Cristo; nos fijamos en la Iglesia de la que decimos que vive de la Eucaristía, que es sacramento-revelación- actualización de la entrega, de la obediencia, del amor de Cristo. Los ojos de la fe se vuelven al misterio de la Iglesia y la vemos como esposa de Cristo, en comunión con Cristo, en comunión con los que son de Cristo; la vemos como Iglesia una, Iglesia única, Iglesia santa. Los ojos de la fe se vuelven a los demás sacramentos, signos de salvación todos ellos, unidos todos a la Eucaristía, y que

se ordenan todos a la Eucaristía. Los ojos de la fe se vuelven hacia la consumación de la Historia, cuando Dios lo será todo en todos, y vemos en la Eucaristía el alimento para el camino del pueblo peregrino, y la anticipación para él del banquete del Reino de Dios. La fe nos permite también ver en la Virgen María y en su disponibilidad para la obra de Dios el modelo perfecto para la participación de la Iglesia en el sacrificio del Redentor.

La oración litúrgica, aunque implica individualmente a los participantes, está formulada siempre como «nosotros»: es la voz de la Esposa que alaba y suplica, *una voce dicentes*.

Bellamente lo ha expresado San Juan de la Cruz:

"pero todos son un cuerpo
de la esposa que decía;
que el amor de un mismo esposo
una esposa los hacía...
Que el amor, cuanto más uno,
tanto más amor hacía".

5. Eclesialmente celebrado

La Exhortación *SCa* nos recuerda que en la relación entre lo creído —la fe- y lo celebrado —la liturgia eucarística- hay lo que pudiéramos llamar un camino de ida desde la acción litúrgica a la comprensión de la fe, pero hay también un camino de vuelta desde el misterio de la fe a la acción litúrgica, pues uno y otra nacen del mismo acontecimiento, que es el don que Cristo hace de sí mismo en el Misterio pascual. Quiere ello decir que la acción litúrgica, el misterio celebrado, ha de remitir, haciéndolo comprensible y presente, al don que es Cristo; y el misterio creído, el don que es Cristo, ha de conformar palabras y gestos de la acción litúrgica.

La Exhortación cita estas palabras de san Agustín: "*No se ha de creer que Cris-*



to esté en la cabeza sin estar también en el cuerpo, sino que está enteramente en la cabeza y en el cuerpo. Este principio, básico para la comprensión de la acción litúrgica, afecta a la comprensión de toda la acción litúrgica.

La Exhortación subraya el misterio que se consuma al final de la acción: *"Nosólo nos hemos convertido en cristianos, sino en Cristo mismo": ¡Christus totus in capite et in corpore!* ¡Es muy hermoso! El cuadro se completa si subrayamos también lo que acontece ya desde el principio de la acción eucarística, pues Cristo el Señor, el que está enteramente en la cabeza y en el cuerpo, él es el sujeto activo de la celebración, y a su cuerpo, que es la Iglesia, lo asocia desde el principio a su acción sacerdotal.

La celebración podrá tener el brillo es-

pléndido del oro o la apariencia humilde del pobre pañal, pero será siempre acción de Cristo y de la Iglesia, acción de Cristo *totus in capite et in corpore*.

Precisamente por aquello de que la acción litúrgica es siempre de Cristo *totus in capite et in corpore*, el fundamento de la acción litúrgica no está sometido a nuestro arbitrio ni puede ceder a la presión de la moda del momento. La Iglesia celebra el Sacrificio eucarístico obedeciendo al mandato del Señor a partir de la experiencia del Resucitado. La forma de la celebración, lo que la Iglesia ha de hacer, es lo que el Señor ha hecho y nos ha mandado que hagamos en su memoria.

Segundo L. Pérez López

Director del Instituto Teológico Compostelano

AVE MARÍA PURÍSIMA

ASUNCIÓN

EN medio del tiempo de las vacaciones del verano nos puede pasar casi desapercibida una celebración litúrgica que se mezcla y se confunde a veces con la fiesta popular y patronal en muchos de nuestros pueblos y ciudades, la "Virgen de agosto". Ahí lo que celebramos como misterio de nuestra fe es la Asunción de nuestra Señora a los cielos, y añadimos, desde el catecismo de nuestra infancia, que fue "en cuerpo y alma".

Las críticas de nuestros hermanos separados —y de tantos, también, de los católicos— que queriendo reducir el contenido doctrinal de nuestra fe a lo que se encuentra indiscutiblemente expresado en el texto de la Sagrada Escritura —interpretada quizá un tanto anacrónicamente con los criterios exclusivos de nuestra cultura contemporánea—, hacen que, incluso desde una parte considerable de nuestros fieles, se mire este dogma de nuestra fe con una actitud de displicencia: como si los dogmas de la fe fueran sólo las formulaciones del Magisterio de la Iglesia que tenemos el deber de aceptar *como si fueran verdad*, y no precisamente lo contrario: son las formulaciones que el Magisterio ha acuñado precisamente *porque son verdad*.

Además, la proclamación dogmática de la Asunción de la Santísima Virgen María, hace de ella un dogma muy "joven", que

se remonta tan sólo al Papa Pío XII, hace poco más de cincuenta años, como si la Iglesia hubiera podido vivir durante veinte siglos sin plantearse la verdad dogmática de este privilegio personal y exclusivo de la Virgen María, y pudiera también seguir viviendo hasta la consumación de los siglos sin la menor necesidad de hacerlo en adelante.

Porque aquí la verdad de fe es bien sencilla: no se trata de un principio general, intemporal, eterno; sino que es un hecho que creemos firmemente que tuvo lugar en la persona de María en un momento muy concreto del tiempo y de la historia: al concluir el ciclo de la vida temporal en este mundo de la Santísima Virgen María, sin descender al detalle —que desconocemos, y sobre el que nada nos dice el Dogma Católico— de si atravesó una muerte igual que la nuestra, o una muerte peculiar, diferente y singular, distinta de la de cada uno de nosotros, o bien si se trató de una simple "dormición" —palabra que es bien querida en la tradición de las Iglesias Orientales—, fue asumida por su Hijo —nada menos que por el Hijo de Dios muerto y resucitado—, de tal modo, que, librándose su cuerpo de la humillación y subsiguiente corrupción del sepulcro, goza desde el instante de su muerte de la glorificación corporal del Hijo, de la que nosotros esperamos participar por nuestra resurrección con Él.



Ante esta formulación de una verdad de la fe, incluso a los que la admitimos como consecuencia necesaria de nuestra condición de creyentes, nos caben diferentes actitudes, que vienen a iluminar desde ángulos diferentes la realidad siempre misteriosa de la muerte y la resurrección.

Porque, desde una perspectiva excesivamente materialista, inspirada principalmente en las ciencias experimentales, podemos reducir nuestra idea de la muerte al inevitable deterioro progresivo de nuestro organismo, que alcanza un punto a partir del cual no puede continuar desarrollando sus funciones vitales. Por la fe nos parece que tenemos que mantener como verdad que, sin embargo, queda un "algo" que pervive y que perdura, que no sabemos a ciencia cierta en qué consiste, que convenimos en llamar el *alma*, y en lo que condensamos, por lo menos, la responsabilidad moral de nuestra vida hasta el momento de la muerte, de tal forma que, aunque el cuerpo nos *haya abandonado*, y se haya quedado en este mundo, en medio de los que nos sobrevivan, que disponen el destino que le van a dar, su sepultura o su incineración, queda ese "algo" inasequible, susceptible nada menos que de ser juzgado por Dios, y de recibir un premio o un castigo que creemos que será irrevocable, definitivo, es decir, "eterno". Aunque no sepamos explicar muy bien en qué consiste todo esto. Menos aún sabemos en qué consistirá la resurrección "de la carne", la resurrección

"de los muertos", que la solemos interpretar —y ahí hay tantas representaciones en muchas obras de arte— como la resurrección *de los cadáveres*, nada más. Como si todo se redujera a que los esqueletos vayan a levantar las lápidas de sus fosas, y vayan a "volver hacia

atrás", a una vida más o menos igual que la que han dejado por la muerte.

De esta manera, la Asunción de la Virgen María vendría a reducirse a una *anticipación* de su resurrección, como si ella hubiera recibido ya la resurrección que aún no les ha llegado a los cadáveres de nuestros cementerios.

Y ¿nada más?

A Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre al que adoramos, le llama San Pablo «Primogénito de los muertos». Primogénito, desde luego, no en el sentido cronológico: hubo otros muchos, desde los comienzos de la humanidad, que murieron antes que Él. Pero la muerte de Cristo —y su resurrección, en la que, eso sí, ha sido único hasta ahora— viene a superar cualquier tentación de identificar nuestra muerte humana con la muerte de otro animal más: como si sólo fuera el mero deterioro orgánico que hace imposible en adelante el metabolismo.

La muerte, vista desde Cristo, es la culminación de nuestra condición de criatura, imagen y semejanza de Dios, que tiende, aun sin ser consciente de ello, a lo largo de todo su tiempo, a unirse con Aquel de quien es imagen, y que responde a la llamada que el mismo Dios Padre le dirige, desde la plenitud de su voluntad y de su amor, porque reconoce en él —en cada uno de nosotros!— la imagen de su Hijo, que se ha hecho hombre. Y, si este plan del amor del Padre ha quedado ensombrecido por los pecados y las culpas de cada uno, en su diferente gravedad, viene a cancelar esa "sombra" —no a ignorarla, a desconocerla, a hacerla pasar desapercibida ante Dios y ante los hombres—, el valor redentor del Sacrificio del Hijo de Dios hecho hombre en las entrañas purísimas de la Virgen María.

Por eso, por esa unión única y especialísima incluso en lo corporal entre

el Hijo y la Madre, Dios reconoce en Ella la tensión que Él mismo ha creado por la encarnación, de tal manera que María, aun en su mismo cuerpo muerto —o "dormido"— se siente más atraída por el Cuerpo glorioso del Hijo resucitado que cualquiera de los demás que han muerto, lo cual provoca que, por el querer de Dios, esa tendencia, esa tensión, esa atracción del cuerpo de la Madre por el del Hijo se cumpla y se realice desde el momento de la muerte, no sólo anticipando en el tiempo una resurrección como la nuestra, sino superándola de una manera única e irrepetible, por razón de su unión especialísima con Cristo.

Y ahí podemos ver la Asunción como mucho más que un privilegio —que lo es, también— de la Santísima Virgen, como si se tratara tan sólo de un "capricho" de la voluntad de Dios, con el que quiso honrar y distinguir a la que había sido la Madre de su Hijo: porque en el triunfo de María tras su muerte, podemos atisbar el sentido de nuestra propia muerte y de nuestra propia resurrección, que aún no han llegado: porque Cristo es el mismo para todos nosotros, y a Él mismo estamos unidos todos por la vida de la gracia, cambiando solamente entre nosotros la intensidad de la unión de cada uno con Él. Y de este modo, la Asunción de María es mucho más que otra de las fiestas del verano, y mucho más que un privilegio único, irrepetible e incomprensible de una persona distinta de nosotros, como algo que no nos afectara: es el anuncio mejor y más sensible de la realidad que se nos aproxima, hacia la que nos dirigimos, aunque no nos hayamos dado plenamente cuenta, y en la que María, unida a Cristo nos espera, aunque, todavía, para llegar a ella, tengamos que esperar que llegue el momento de nuestra resurrección.

José F. Guijarro

Vice Director Espiritual del Consejo Nacional
de la Adoración Nocturna Española

VIVIERON LA EUCARISTÍA

ÁLVARO SANTOS CEJUDO

Padre de familia, ferroviario, mártir y adorador nocturno

EL semanario "Alba" de 7 de junio publicó un magnífico reportaje sobre la vida y martirio de este adorador nocturno y que reproducimos, con sumo gusto, agradeciendo a la publicación el haberse hecho eco de una vida tan ejemplar

El testimonio de los 498 mártires de la persecución religiosa de los años treinta que serán beatificados en otoño (28-10) en Roma fue la semilla de la paz que hoy tenemos en España. Como recordó la Conferencia Episcopal, «lo necesitamos de modo especial en estos momentos en los que, al tiempo que se difunde, la mentalidad laicista, la reconciliación parece amenazada en nuestra sociedad. Los mártires, que murieron perdonando, son el mejor aliento para que todos fomentemos el espíritu de reconciliación».

Alvaro Santos Cejudo es de los pocos laicos, que serán beatificados entre los casi 500 mártires españoles. Según cuenta su nieta Conchita, quería ser sacerdote y estuvo en el colegio de los padres de La Salle. «Había cogido hasta el hábito y estuvo unos siete años estudiando allí pero tuvo que salir porque su padre murió y su madre y hermana se quedaron solos. Se fue a la Renfe y primero cogió el oficio de fogonero. Vivía en Daimiel, pero lo mandaron a Ciudad Real y allí, en su misma calle, unas puertas más abajo, vivía un ma-

trimonio con una hija muy guapa muy guapa, pero que ni siquiera lo miraba. La que años más tarde sería mi abuela se llamaba María y bordaba por las tardes a la puerta de su casa. Mi abuelo fue a pedirles permiso a sus padres, antes de decirle nada a ella, para cortejarla. Años más tarde, él aún le decía: 'Mariquilla, mírame a los ojos', porque ella lo miraba todavía como de reojo, después de tener siete hijos», cuenta Conchita divertida.

Dos hijas, monjas de clausura

Tres de sus hijos se murieron muy pronto. Después, dos de sus hijas se hicieron monjas de clausura, de la Santísima Trinidad. Según el delegado diocesano de la Causa de los Santos de Ciudad Real, Francisco del Campo, sus dos hijas religiosas explicaron que el afán de su padre «era trabajar mucho para ganar cuanto pudiese para que a nosotras no nos faltara nada, sufriendo, con invencible paciencia, los muchos fríos y calores que pasó en su vida. Tanto nuestra madre como nosotras mismas teníamos que forzarle para que tomase los días de descanso que anualmente le correspondían. Al decirle que cuándo iba a descansar, nos contestaba: en el Cielo».

Conchita tuvo asimismo un tío que también murió joven. Tras la Guerra Civil, perdió la vida en la División Azul cuando tenía sólo 21 años.

Conchita recuerda que su abuelo era muy pausado, muy tranquilo y muy sereno. Cuenta que una tarde ella estaba enfadada con sus primos y él le enseñó a saber perdonar: «Me encontré a mi abuelito que llegaba a casa y me dijo: 'Mira Conchi, llévate siempre en esta vida una mira, un objetivo, el de hacer mucho bien y no mires a quién'».

En otra ocasión, recuerda que le dio diez céntimos para dar una limosna a un pobre y le dijo: «Dile, que yo te oiga: 'Tenga usted, señor'. 'No, es un pobre', contesté. 'Es un señor -me insistió- y le vas a decir: 'Tenga, cójala por amor a Dios'».

Y no olvida que cuando iban a comer, les hacía dar gracias a Dios y añadir después: «Pero procura dársela también a los niños que no tengan».

Alvaro Santos vivió una vida ejemplar como hijo, esposo, padre y trabajador, en un ambiente hostil. «Cuando salía de trabajar después de 3 y 4 días sin dormir, bajaba de la máquina y en vez de irse a su casa, aunque pasaba por delante, se iba antes a la iglesia porque era adorador nocturno», cuenta su nieta. El año en que murió su mujer pasaron apuros económicos. «Un domingo, al irse a misa -explicó

una de sus hijas-, me dijo: 'Dame dinero para la colecta'. Le saqué lo que teníamos: un duro y 2,50 pesetas en calderilla. Cogió el duro. Al decirle: 'Padre, todavía faltan

doce o trece días para cobrar', me contestó: 'No damos nada, lo damos al que todo lo da, y Él hará que podamos pasar estos días con lo que tenemos en casa'.

Lucha por la fe hasta el final.

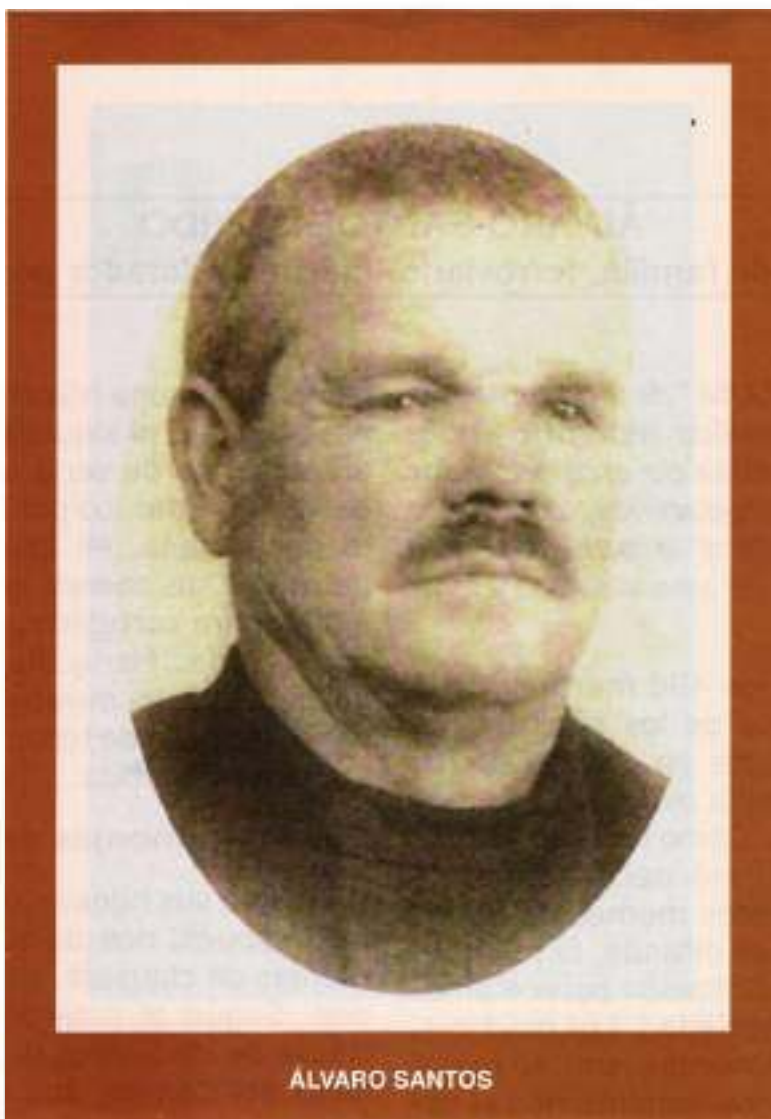
Por temperamento, Alvaro era muy formal y callado, pero cuando se trataba de defender a Dios y a la Iglesia, no podía callar.

Cuenta Francisco del Campo que «en el ambiente ferroviario hostil en el que se hallaba, necesitó una fe y un amor de Dios inmenso para perseverar como cristiano.

Desde 1931, con la proclamación de la República, vivió cinco años de lucha intensa. No podía ver con calma las ofensas que se hacían a Dios y siempre salía en su defensa, haciendo todo lo que podía para convencer a sus compañeros del error en que vivían».

Fue detenido el 2 de agosto de 1936, en Santa Cruz de Múdel. El motivo de su encarcelamiento fue que «tenía dos hijas religiosas, era un beato y no hacía más que oír misa».

«Para Alvaro fue un consuelo encontrar-



ÁLVARO SANTOS



CONCHITA, NIETA DE ÁLVARO, EN LA ACTUALIDAD

se con los que fueron sus compañeros de clase y de estudios, los hermanos de las Escuelas Cristianas», explica Del Campo. Fue trasladado a la cárcel de Alcázar de San Juan. El 17 de septiembre por la noche, lo mataron en el cementerio. En la actualidad los restos descansan junto a los mártires trinitarios en la iglesia de esta comunidad de religiosos.

Según cuenta su nieta Conchita, todos sus tataranietos tienen hoy una estampa de su abuelo en su habitación. «Cada uno tiene una. Mi nieto de 27 años, que hace Químicas, la lleva a todos los exámenes», asegura.

Valiente hasta la muerte para defender la fe

Como ha escrito el delegado Diocesano de la Causa de los Santos de Ciudad Real, Francisco del Campo, la confianza de Alvaro en la Providencia fue siempre heroica: «La

conformidad con la Voluntad de Dios le llevaba a decir frecuentemente: "Mis enemigos no podrán hacerme más daño que el que Dios les permita. Todo lo puedo en Aquel que me conforta". Llevaba en la solapa de la chaqueta un distintivo con la cruz y la inscripción: "Con este signo vencerás", sintiendo un santo orgullo en ostentarlo sobre su pecho. En muchas ocasiones le dijeron: "Quítate eso, que te vamos a matar", pero esas palabras no eran lo bastante para acobardarle. Seguía llevándolo, sin miedo de ninguna clase". Según cuenta su nieta, "cuando lo llevaban ya preso, empezó a decir -a sus captores- que los perdonaba y que Dios también los perdonaría. Los que lo mataron, iban diciendo después: "¡Mira el tonto de Cejudo. Pues no estábamos apuntándole y matándolo y aún nos iba diciendo que nos perdonaba por amor de Dios!"»

Sonsoles Calavera

EN MEMORIA MÍA

A VUELTAS CON LA PARTICIPACIÓN EN LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

¿Desacralizar el sacerdote o sacralizar al cristiano?

DESDE el primer artículo de esta secuencia de LA LÁMPARA venimos insistiendo en que la **participación** de los fieles es fundamental en la celebración eucarística.

Ha sido la participación uno de los ejes de la renovación promovida por el Concilio. No vamos a «oír» misa sino a **celebrar** la misa; esto incluye una participación, un «**tomar parte**» en esa celebración.

Es la comunidad cristiana entera la que celebra el misterio de la fe, no celebra el sacerdote y los demás miramos y escuchamos.

Quizás no sea inútil reflexionar un poco más sobre ese término "PARTICIPACIÓN" para que ella sea auténtica y eficaz. No todo lo que se dice, escribe y se hace es siempre equilibrado y nos ayuda a esa sosegada participación en la celebración litúrgica que penetre poco a poco en nuestra vida transformándola, uniéndola a Jesús.

Tengo delante de mí dos artículos de dos revistas de pastoral. Las separan nada menos que treinta y dos años. Un artículo (1974) está escrito en el marco de las reformas conciliares que se empezaban a aplicar entonces. El otro (2004) vuelve sobre el mismo tema de la participación. Si nos fijamos en esos dos artículos es

porque reflejan una muy semejante postura que es, por otra parte, muy extendida en la teoría y en la práctica.

Para empezar, diríamos que esos escritos y otros muchos reducen, de hecho, la **participación** a **intervenciones externas** en los ritos. **Cuanta más intervención** -vienen a decir- **más participación**: monitores, lectores, muchos interviniendo en la colecta, en la oración de los fieles, en la distribución de la comunión, en el coro. Todo ello puede ser muy útil (no lo negamos) y llevar a una auténtica participación que es, tiene que ser primariamente una actitud interna: la adhesión intelectual y afectiva a algo en lo que podemos participar externamente o no, pero a lo que nos sentimos íntimamente unidos como personas -individuos y como personas-parte de una comunidad.

¿Dónde estará la causa de la **no-integración** de los cristianos en la celebración litúrgica? ¿Cuáles pueden ser los remedios?

Las causas

Las causas de la no-integración o de la deficiente integración del pueblo cristiano en las celebraciones litúrgicas, y concretamente en la eucarística, son muchas y sería fácil caer en **simplificaciones** que no harían sino oscurecer la rea-



lidad e inutilizar los esfuerzos para remediar algo **que todos**, indudablemente, queremos y que es esa participación activa y fructífera a que nos llama el Concilio. Veamos algunas de estas simplificaciones.

- «**Los aspectos negativos** que nos presenta la reforma litúrgica actual», escribía el artículo de 1974; Desde aquel año han sido muchas las reformas que han ido actualizando la liturgia, como indicábamos en otras páginas de nuestra revista.

Se aduce también como causa de la no-participación:

- La rigidez de las normas litúrgicas: «somos muchos los convencidos de que la fijación por las rúbricas y el escrupuloso cumplimiento de las normas litúrgicas difícilmente permitirán encontrar nuevos cauces de participación comunitaria... y seguirá haciendo de nues-

tras misas unos ritos encorsetados, monótonos y repetitivos de los que es imposible salirse»

- Frente a esa «rigidez» es de desear una mayor libertad y creatividad por parte de la comunidad: «la disciplina litúrgica (a la que debemos un respeto y una fidelidad)» debe **ser correctamente interpretada** por la comunidad orante, es decir vivificada por la misma celebración. «Necesitamos nuevos símbolos». Para ello se piden «símbolos congeniados», unas «celebraciones litúrgicas sustancialmente caracterizadas por el genio comunitario» y renovados debidamente «conforme al signo de los tiempos».
- Una causa muy frecuentemente aducida es el «**monopolio clerical** en relación con la Eucaristía que oscurece, y llega incluso a anular, el sentido comunitario de la liturgia cristiana». De-

ben ser superados «todos los elementos, prácticas y costumbres que **sacralicen al sacerdote** y lo separen de su intrínseca referencia a la comunidad cristiana».

«No se puede negar -escriben- que nuestras celebraciones cristianas del siglo XX... están excesivamente comprometidas con la forma histórica del culto levítico del Antiguo Testamento». Esto nos ha llevado «al mantenimiento de una arcaica y superada concepción ritual, aquella que precisamente es refutada por la tesis de la Carta a los Hebreos». Más adelante leíamos: «... la estructura **del llamado sacerdocio ministerial** que no deja de ser una copia muy fiel de la estructura y realidad del sacerdocio levítico...»; «tenemos que desarraigarnos de la inservible carga ritual veterotestamentaria»; «El mandato de Jesús es claro, de lo que se trata en la Eucaristía es de hacer lo mismo que Él hizo. Se trata, pues, de repetir **no un rito** sino un proyecto y estilo de vida». La igualdad radical existente entre todos los creyentes permitirá a la comunidad cristiana «superar la **expropiación ministerial** de que ha sido objeto»; «Un punto ineludible es que los laicos recuperen un protagonismo que el **clericalismo de la Iglesia** les ha ido robando a lo largo de los siglos»; «No sólo la arquitectura y el mobiliario, **sino toda una teología y una espiritualidad** convierten a la comunidad en público inmóvil, clavado en sus bancos distante de lo que sucede en el presbiterio... Y es que mientras el presbiterio siga siendo el lugar propio y específico de los presbíteros, los laicos seguirán sintiéndose ajenos cuando no excluidos del "espacio" central en que se desarrollan las diferentes partes de la Eucaristía (liturgia de la palabra y liturgia eucarística)».

Creemos que el autor de todas estas frases hoy no las repetiría o las moderaría mucho. No obstante, su sentido lo hemos visto repetido en no pocos artículos o libros más recientes.

Uno de los citados artículos (2004) al escribir sobre el papel del sacerdote en la celebración eucarística dice que el «sacerdote **anima y coordina** la celebración»; se resiste a usar el término "preside".

Otras razones

Es claro que se aducen, aunque sea un poco de paso, otras razones para la no-participación en la celebración eucarística. No dejan de reconocer que «la crisis de la pastoral litúrgica tiene hondas raíces en la desimbolización provocada por la mentalidad tecnológica dominante. En este respecto se da un retroceso cultural que afecta tanto al humanismo en general como al humanismo creyente, es decir, a la realidad de la fe» Como consecuencia necesitamos «reinventar un lenguaje» puesto que el que usa la liturgia no es significativo para el hombre de hoy. «**Necesitamos nuevos símbolos** que con la libertad de hijos (Gal. 4, 4-10) debemos crear. ¿Por qué cuesta tanto comprender y vivir la simplicidad del genio del culto en el Espíritu de Jesucristo?»

Hacia una participación integral

Todos deseamos que se haga realidad ese ideal, que nos ha marcado el Concilio, de una participación **plena, consciente, activa**, aunque -como vemos- son distintos los diagnósticos de la situación y lógicamente, son también distintos los remedios que se proponen.

El primer paso -creemos- ha de ser no confundir o identificar participar con **participación** o intervención **externa**. El mismo Concilio nos habla de una participación de los fieles **interna y externa** (Const. Liturgia 19)

Para ir logrando, poco a poco, y no sin esfuerzo, una participación auténtica y progresiva es indispensable partir de dos principios que guíen tanto al pueblo cristiano como al sacerdote y colaboradores de la celebración eucarística.



1. **El carácter cristocéntrico de la liturgia.** Ya apuntábamos en páginas anteriores, que el **protagonismo** en la celebración eucarística corresponde a Cristo Sumo y Eterno Sacerdote. Esto es fundamental: si no afirmamos de Cristo ese carácter **esencial de sacerdote** no entenderemos -en cuanto entenderse puede- el Misterio de Cristo Dios y hombre, ni en consecuencia el misterio de la Eucaristía.
2. Es imprescindible reafirmar, ahondar y vivir el **carácter sacerdotal del pueblo cristiano**. El problema no es «**desacralizar**» al sacerdote para recuperar el lugar que le corresponde a la comunidad y restituirle la «**usurpación**» realizada por el sacerdote.

(No es nuestra LÁMPARA una revista de teología o de liturgia, sino algo me-

nos pretencioso. Pero procurar que el fiel cristiano conozca con claridad el contenido de su fe nos parece irrenunciable y más cuando se vienen atacando principios fundamentales de la fe católica).

No; el problema no es "**desacralizar**" al sacerdote, sino **sacralizar** al cristiano. Es decir, reconocer y vivir el **carácter sacerdotal** que el bautismo ha concedido a todo cristiano, vivir ese sacerdocio en toda la vida, en el culto a Dios, en los sacramentos y especialmente en la Eucaristía.

No deja de ser curiosa la insistencia en «restar sacralidad» al sacerdote y a la vez olvidar la grandiosa realidad de ese Pueblo de Dios, pueblo de reyes, profetas y sacerdotes.

Tema este de capital importancia y que merece una larga reflexión. Sobre él volveremos.

Jesús González Prado

UN GRAN LIBRO TAN PEQUEÑO

LA SANTÍSIMA EUCARISTÍA EN EL LIBRO DE "LA IMITACIÓN DE CRISTO" (Y III)

La necesaria disposición para recibir la Eucaristía

Como hemos visto, la *Imitación* pondera la eficacia santificadora de la Eucaristía. Pero a la vez insiste en la necesaria disposición. Es la exacta doctrina de la Iglesia. Desde siempre (recuérdese p.e. la lucha antidonatista liderada por San Agustín): el Bautismo, los Sacramentos producen su fruto independientemente de la dignidad del ministro. En el Concilio Tridentino, se resumen en la fórmula «ex opere operato», en virtud del mismo Sacramento (Dz. 851). Pero siempre, desde San Pablo se ha insistido en la misma enseñanza: «Examínese, pues el hombre a sí mismo y entonces coma del pan y beba del cáliz, pues el que sin discernir come y bebe el cuerpo del Señor, se come y bebe su propia condenación» (ICor 11, 27-31).

La costumbre de la Iglesia declara ser necesaria aquella prueba por la que nadie debe acercarse a la Sagrada Eucaristía con "conciencia de pecado mortal» (concluye el mismo Concilio

después de citar el texto de San Pablo Dz. 880).

Creemos destacables estas enseñanzas de la *Imitación*.

1. A recibirte «no nos trae liviandad, ni curiosidad o sensualidad, **sino la fe firme**, la esperanza devota y la pura caridad» (IV, 1 ,9). ¡Es el «Misterio de nuestra fe»!
2. Toda preparación, partirá de la conciencia de **la propia indignidad**: «¿quién soy yo, Señor, para que presuma llegar a ti?... ¿Cómo osaré llegarme yo que no reconozco en mí cosa buena... ¿cómo te hospedaré yo que tantas veces te ofendí?...»(IV, 1.2) Es una inevitable conciencia, que se agrava con la comparación, p.e. de lo que en el Antiguo Testamento se exigía. «Hay grandísima diferencia entre el Arca de la Ley...y tu preciosísimo Cuerpo...entre aquellos sacrificios de la Ley antigua... y el Sacrificio de tu Cuerpo» (IV, 1,6-8)
3. Nos moverá a disponernos **el va-**



peranza y fortaleza... Deseo yo ahora recibarte con devoción y reverencia, deseo hospedarte en mi casa..mi alma anhela tu sagrado Cuerpo...Sin Ti no puedo existir...» (IV3,1-2 y IV,13) «Que el alma devota debe desear con todo su corazón unirse a Cristo en el Sacramento».

5. Y para recibir su fruto, la **preparación necesaria**. «Prepárame una sala grande...desecha de ti todo el mundo y todo el ruido de los vicios...Pero sábetete que no puedes alcanzar esta preparación con el mérito de tus obras, aunque te preparases un año entero.. Haz lo que está de tu parte y hazlo con mucha diligencia... Yo supliré lo que te falta» (IV .12 entero). Es la exacta doctrina de la Iglesia sobre la gracia.

Esa preparación es si, la preparación **inmediata**: «Qué poco es lo que hago, qué poco tiempo gasto en prepararme para la comunión. Rara vez estoy del todo recogido. ¿Por qué no me dispongo con mayor cuidado para recibir tu Sacramento?» (IV 1, 5-6)

lorar este Sacramento. Es muy digno de llorarse el poco caso que muchos hacen de este saludable Sacramento...oh ceguedad y dureza del corazón humano que tan poco atiende a tan inefable don...» (IV, 1,12)

4. Y desde esa conciencia de la indignidad y del valor redentor del Sacramento **desearlo**: «En Ti está cuanto puedo y debo desear, Tú eres mi salud y redención, mi es-

Pero se insiste en una preparación más completa, y recalca la unión de la **oración** y el Sacramento de la **Penitencia**... «necesito realmente renovarme, purificarme y enfervorizarme con la frecuencia de oraciones y confesiones...» (IV 3,2) «¿De qué te sirve retardar mucho la confesión o diferir la Comunión? Limpíate cuanto antes, escupe pronto el veneno, toma presto el remedio y te hallarás mejor» (IV 10, 3) ¡Ha insistido tanto Juan

Pablo II en la relación Penitencia-Eucaristía! Desde su primera Encíclica, hasta la última...En Ecclesia de Eucaristía escribía: «La Eucaristía y la penitencia son dos Sacramentos estrechamente vinculados entre sí...» (nº 37).

Son inseparables la oración y los Sacramentos: «necesito renovarme con la frecuencia de oraciones y confesiones y de la participación de tu Cuerpo» (IV 3,2). Y esta preparación se prolonga después de la Comunión. «Conviene que no sólo procures la devoción antes de comulgar, sino que también la conserves con cuidado después de recibido el sacramento... porque el cuidado que después se tiene es la mejor disposición para recibir nuevamente mayor gracia...» (IV 12,4)

La Palabra de Dios y el Sacramento

En manera alguna aparece en la **Imitación** oposición ni siquiera distanciamiento entre Palabra y Sacramentos. Inculca la dignidad y la eficacia de la Sgda. Escritura. Eso sí, ha de leerse «con humildad, fiel y sencillamente» (1,5) Palabra y Sacramento son complementarios. Este es el título del cap. 11 del libro cuarto: «Que el Cuerpo de Cristo y la Sgda. Escritura son muy necesarios al alma fiel» «Tendré los libros Santos para consuelo y espejo de la vida, y sobre todo esto el Cuerpo santísimo tuyo por singular remedio y refugio. Pues conozco que tengo grandísima necesidad de dos cosas sin las cuales no podría soportar esta vida miserable...

Sin estas dos cosas yo no podría vivir bien; porque la Palabra de Dios es la luz de mi alma y tu Sacramento es pan de vida» (III ,11).

Y emplea la expresión que hará suya el Conc. Vaticano II «Estas se pueden llamar **dos mesas colocadas a uno y otro lado en el tesoro de la santa Iglesia...** la mesa de la santa doctrina» (IV 11,4) Y el Concilio: «La Iglesia...no deja nunca de tomar y distribuir a los fieles el pan de vida, lo mismo de **la mesa de la Palabra de Dios, que de la del Cuerpo de Cristo.** (D. V. 21 y S.C. 51)

Participación

Y si insiste en el esfuerzo de purificación y preparación para recibir el Sacramento, también presenta la Eucaristía como una participación nuestra en la ofrenda de Cristo en el altar «Yo deseo ofrecerte a Ti voluntariamente y quedar para siempre tuyo me ofrezco hoy a Ti por siervo perpetuo en obsequio y sacrificio de eterna alabanza. Recíbeme con este santo Sacrificio de tu precioso Cuerpo que te ofrezco hoy en presencia de los ángeles ... para que lo recibas por mi salud y la de todo tu pueblo... Yo te presento en el altar de tu misericordia todos mis pecados... También te ofrezco mis oraciones y el sacrificio de propiciación especialmente por los que en algo... me han hecho daño...» (IV ,9)

Esta es nuestra aportación en la Eucaristía: «Bienaventurado el que se ofrece totalmente en sacrificio cuantas veces celebra o comulga» (IV ,10,7)

Angel González

EUCARISTÍA Y VIDA CRISTIANA

DIVERSAS Y CURIOSAS FORMAS DE ENTENDER LA EUCARISTÍA

DOS hechos recientes, uno de la Iglesia universal y otro acaecido en Madrid y dos comentarios sobre esos hechos nos dan pie para unas reflexiones que nos parecen oportunas. Podría objetarse que se trata de meras anécdotas sin especial repercusión, esos comentarios, en el amplio ámbito de la Iglesia. Ciertamente que son anécdotas, pero pensamos que pueden representar el parecer de sectores más amplios, y además, porque las razones que se esgrimen pueden tener cierto eco en concretos grupos y ambientes.

El artículo de un académico

El primer hecho y un comentario que sobre él se ha hecho han sido el "Motu proprio" de Benedicto XVI sobre el uso de la liturgia romana anterior a la reforma de 1970 (la iniciada por el Concilio). Y el comentario es un artículo aparecido en el diario madrileño ABC de D. Francisco Rodríguez Adrados titulado «La misa en latín. Y algo sobre el latín y el griego». El saber, y la lucha por el mantenimiento y promoción de los estudios humanísticos merecen -vaya por adelantado- nuestra adhesión, nuestro aplauso y nuestra gratitud.

Pero en ese artículo hace, ya de entrada, una rotunda afirmación que, también rotundamente, rechazamos. Sobre el "permiso para que puedan darse misas en latín al modo tradicional", dice «Creo yo,

creen muchos que la resolución del Concilio Vaticano II **fue un error**».

Sería largo recorrer el largo artículo y los razonamientos de nuestro ilustre académico. Tratemos de resumirlos en breves puntos.

1. El latín no sólo estaba ya permitido por el Concilio (Véase la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, n. 36) sino que **las nuevas plegarias eucarísticas** están escritas en latín y editadas así en los misales oficiales. Consecuencia: es distinto el tema del latín del de la renovación litúrgica del Concilio y no digamos del conjunto del Concilio. Lo que ahora permite es el uso de la **liturgia anterior** a 1970 (textos, ceremonias, etc.) prescindiendo de la lengua en que se usen.
2. No son muchos, sino muy pocos, quienes sostienen que la disposición del Concilio fue un error y que el permiso ahora concedido sea «como una brisa refrescante». El Papa, en la carta que acompaña al motu proprio -carta cuya lectura nos atrevemos a recomendar leer a nuestro respetado académico- nos dice: **«El documento es fruto de largas reflexiones, múltiples consultas y de oración»**. El motu proprio recuerda que las traducciones a las diversas lenguas del mundo «fueron acogidas de buen grado por los obispos, sacerdotes y fieles»



D. FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS

3. El Papa no ha dado marcha atrás en el permiso ahora concedido; las nuevas normas no son «una vuelta a lo básico, a valores que nos unen y nos unían» que escribe nuestro académico. Lo básico, lo que nos une en la Iglesia es la única fe, unos mismos sacramentos, un solo Señor Jesucristo. Lo demás puede y debe ayudar a vivir y reforzar esa unión. Pero ya dependerá de los tiempos, de las circunstancias, el que **elementos humanos** sean más eficaces, más oportunos, o incluso, ya caducos. En la Iglesia y su liturgia se usó mucho tiempo el griego y después el latín (incluso en su progresiva "degradación") y fueron después tendencias disgregadoras y sobre todo la herejía luterana las que reforzaron en Trento el uso de la lengua latina. La mensurada y sapientísima carta de Benedicto XVI nos dice al comienzo que "Noticias y juicios hechos **sin información suficiente han creado no poca confusión**". Algunos temen «que se menoscabe la autoridad del Concilio Vaticano II», cuando el permiso ahora concedido no es sino una excepción, «expresión extraordinaria» de la única «lex orandi», es decir, de la única fe que se vive y se expresa en la liturgia, en la Eucaristía.

El problema del cisma creado por monseñor Lefebvre, es más profundo desgraciadamente; está en el rechazo al Concilio y a la autoridad papal.

4. Por importantes que sean las razones humanísticas y culturales que aduce el académico, Rodríguez Adrados, han sido **razones pastorales** las que han movido al Concilio, a Pablo VI, a Juan Pablo II y a nuestro actual Papa, a dar normas, dentro de una verdad; «En la historia de la liturgia hay crecimiento y progreso pero ninguna ruptura» escribe Benedicto XVI en su carta.

Lamentamos tanto, como el académico, la pérdida del latín (y del griego) que sufrimos en la Iglesia y en toda nuestra cultura. Pero la cuestión es que los sacerdotes jóvenes, en su gran mayoría **ya no saben latín**; no se estudia en los seminarios (y no demasiada lengua y literatura e historia española).

En nuestra liturgia quizás hubiéramos debido -como se ha hecho en muchos países- mantener y usar determinadas partes de la misa en latín. Lo mismo digamos del canto gregoriano. No hemos hecho nada; ni nuestras parroquias, ni nuestras comisiones de liturgia han promovido esa conservación en perfecta convivencia con una renovación litúrgica.

En resumidas cuentas: los **"resultados"** de la introducción de las lenguas nacionales en la liturgia están siendo muy positivos. Ojalá la renovación litúrgica no se quede sólo en la lengua sino que lleve a una participación externa e interna de los cristianos en toda la liturgia y especialmente en la Eucaristía.

La especial liturgia de una parroquia madrileña

La otra intervención a que nos referíamos al comienzo de estas líneas es más lamentable e insostenible. Con motivo de la situación creada en una parroquia de Madrid, situación aireada por la prensa y la TV, en una de las misas montada como plataforma de determinadas posturas y

personas (bastante al margen de la "Iglesia oficial", como suelen llamar a quienes no piensan y obran como ellos). Participó en esa misa, entre otros políticos, un conocido ex ministro que se ha presentado siempre como católico creyente practicante.

Más tarde, en una entrevista concedida a un semanario le preguntaban:

- «¿Es compatible la liturgia de Roma con la de Enrique Castro, el cura de Entrevias?»

y contestaba D. José Bono:

- «Sí, porque el mensaje evangélico es el mismo aunque las liturgias sean diferentes. En Entrevias no hay estolas ni casullas. Hay amor a los pobres, a los drogadictos y a los perseguidos. Fui a Vallecas por solidaridad con Enrique y su trabajo, no para molestar»

El hecho es que sí molestó bastante.

La pregunta de la periodista es capciosa, pues no se trata de "la liturgia de Roma" sino **de la liturgia de la Iglesia**. Pero lo peor es reducir la liturgia, la Eucaristía, a "estolas y casullas". No es que demos gran importancia a las declaraciones del ex ministro, pero sí podrían reflejar y avalar el parecer o sentir de otras personas o grupos, sobre todo los alejados de la Iglesia o de la fe que en casos como este muestran una especial sensibilidad.

La primera falacia, pues, es pensar que la Liturgia es cuestión de «estolas y casullas», cuando la liturgia es algo mucho más profundo y más serio. La Liturgia es vivencia, experiencia y **celebración de la fe** (Nos parece que incluso quienes "hacen su liturgia" están expresando "**su fe**", su modo de entender el evangelio y su modo de **entender la Iglesia**), aunque si cada cual interpreta la fe, el evangelio y la iglesia según su propio gusto, corremos el riesgo, tantas veces confirmado por la Historia de la Iglesia y de la Liturgia, de hacer «nuestra Iglesia», «nuestra fe», «nuestro evangelio». Cuando todo se nos ha dado por Cristo y está inventado hace mucho tiempo.

La Eucaristía no puede convertirse nunca en solidaridad con una ideología o una persona y menos cuando esa persona da repetidas muestras de "desolidarizarse" del resto de la Iglesia y de la autoridad diocesana. Al redactar estas líneas no sabemos si se habrá solucionado el caso, aunque no faltarán, como es habitual, quienes traten de alargarlo y explotarlo al máximo.

Otra falacia (consecuencia de ese modo propio de entender la fe, el evangelio y la Iglesia) es reducir el cristianismo a un "mensaje" que en este caso se identifica con el amor a los pobres, a los drogadictos y a los perseguidos. Podríamos preguntar a san Francisco de Asís, a san Vicente de Paúl, a la Madre Teresa de Calcuta, a los miles de misioneros, sacerdotes, religiosos y seglares que han entregado su vida al servicio total de los pobres, si en las normas de celebrar su fe en la Eucaristía han encontrado un impedimento para esa entrega o han encontrado, precisamente en la Eucaristía y en su unión con la Iglesia, su motivación más radical para entregarse, de por vida, al servicio de los pobres.

Qué duda cabe de que el amor al prójimo es el mandamiento del Señor pero, a veces, reducimos "el prójimo" a un determinado sentir, a unos "pobres" que dan prestigio y olvidamos a otros muchos "pobres" **que ya no están de moda**.

Son muchas las conclusiones a las que podríamos llegar reflexionando sobre estos hechos pero nos parece que se impone el que veamos la conexión, la unidad admirable y vivificante de FE-IGLESIA-EUCARISTÍA. Si falla alguno de esos eslabones se nos cae el edificio entero. Y por el contrario si forzamos y penetramos vitalmente en esa unión la fe se hace viva y vivificante en nuestra existencia, se hace fecunda en el vivir de cada día, se hace luz para discernir ante tantas voces de "profetas" que nos acosan y la Eucaristía cobra el lugar central de la Iglesia.

J.G.P

DE NUESTRA VIDA

ENCUENTRO DE JÓVENES ADORADORES

LOS días 13, 14 y 15 de Julio, en la Casa Diocesana de Espiritualidad de Logroño, se celebró el Encuentro Nacional de Jóvenes Adoradores.

Bajo el lema "**¡Jóvenes adoradores, adelante! Nuestro compromiso eucarístico con la Iglesia**", nos congregamos más de 80 jóvenes venidos de todos los rincones de la geografía española, en torno a Jesús Eucaristía.

En la tarde del viernes empezaron a llegar los más madrugadores y, ya alrededor de las 22.00 horas, prácticamente estábamos todos los que tomaríamos parte en este gran Encuentro.

Saludos, abrazos, emociones..., estábamos otra vez juntos. Después de un año, teníamos muchas cosas que contarnos, y lo más grande, compartir nuestra vocación de adorar a Cristo Eucaristía en las horas de la noche.

Tras la cena de confraternidad, se hizo la acogida formal del Encuentro por parte del Presidente Diocesano y de los jóvenes de la Adoración Nocturna de Logroño, así como su presentación por el Presidente Nacional y el Vice-Director Espiritual, cerrándose el día con una hermosa oración en la capilla.

En la mañana del sábado y tras la apertura oficial, llegó la tan esperada ponen-

cia de nuestro muy querido Vice-Director Espiritual, el Rvdo., Don José Angel Riofrancos, sobre "**El compromiso eucarístico con la Iglesia**", donde nos hizo ver la gran importancia y la necesidad apremiante de sentirnos y sabernos Iglesia.

Ya en la tarde y, después de haber trabajado por la mañana en los distintos grupos sobre nuestras posturas respecto al compromiso personal con la Iglesia, pudimos disfrutar de una tarde de convivencia visitando el Monasterio de Santa María de Valvanera, donde nos recibió su Prior, dirigiéndonos unas palabras y regalándonos un rato de oración junto a Jesús Sacramentado.

Por fin llegó la noche y con ella el acto central de nuestro Encuentro, la Eucaristía y Vigilia de Adoración Nocturna, presidida por D. José Angel Riofrancos, donde un año más pudimos compartir nuestro carisma como jóvenes adoradores hasta las 8:30 horas de la mañana en que tuvo lugar la oración de laudes y reserva de S.D.M.

El domingo por la mañana se realizó un coloquio-ponencia sobre la Vocalía Nacional de Juventud, leyéndose el balance que sobre los últimos seis años había realizado Vicente Montesinos,



nuestro Vocal Nacional, el gran ausente del Encuentro, debido a la recuperación de una intervención quirúrgica.

En esta ponencia se hizo un recorrido por los comienzos de la Vocalía, mostrándose los grandes logros que el Señor ha hecho posible en esta gran Obra, con la ayuda del Presidente Nacional, Don Pedro García Mendoza, de Don José Angel Riofrancos y de todo el equipo de la Vocalía.

Más tarde, pudimos compartir una hermosa celebración Eucarística, presidida por el Excmo. y Rvmo. Sr. D. Juan José Omella Omella, Obispo de la Diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño, que con su cercanía y llaneza nos hizo sentir aún más comunidad, indicándonos que **nuestra misión es recordar a la Iglesia que la Eucaristía es la raíz de toda la vida cristiana**, e interpellándonos con un duro interrogante, ¿Los cristianos de hoy, seríamos capaces de decir que no podemos vivir sin la Eucaristía?

Después, nos acompañó en una visita a la Capilla del Seminario, donde nos

explicó detalladamente cada uno de sus rincones.

Y tras la foto oficial del Encuentro y la comida, llegó apremiante la despedida. Ahora había que poner en práctica todos esos **compromisos** a los que, se supone, estamos llamados como jóvenes adoradores dentro de la Iglesia.

Y así un año más sólo podemos decir que: **¡El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres!**

Sí, El ha sido fiel a su promesa, ahora seamos nosotros quienes con su ayuda y la de su Madre, la siempre Virgen María, sigamos adelante en esta gran Obra de Dios.

¡Jóvenes adoradores, adelante!

**Adorado sea el Santísimo
Sacramento del Altar.**

Ave María Purísima.

Consuelo Martín Yepes

Responsable de la Zona Centro
Vocalía Nacional de Juventud A.N.E.

TRES MESES

450 AÑOS DE SAN JOSÉ DE CALASANZ

El día 31 de julio se cumplieron 450 años del nacimiento de San José de Calasanz, un destacado sacerdote y religioso español, prototipo de la mejor iglesia de la Reforma Católica, también llamada Contrarreforma.

Pionero de la educación para todos, precursor de la pedagogía moderna, protagonista de la transición del Renacimiento a la modernidad, defensor de los pobres y de los enfermos, fundó las Escuelas Pías (PP. Escolapios).

633 NIÑOS BIELORRUSOS EN SEVILLA

En el mes de julio llegaron a Sevilla dentro de un programa de acogida propiciado por varias hermandades y cofradías de la diócesis hispalense, 633 niños, muchos de ellos con graves anomalías congénitas, provocadas por el desastre de Chernovil. Según los expertos, un mes fuera de Bielorrusia puede suponer a cada uno de estos niños un año más de vida.

EL SANTUARIO DE GUADALUPE, EL MAS VISITADO EN 2006

La basílica mejicana de Nuestra Señora de Guadalupe fue, con 14

millones de peregrinos, el santuario más visitado el pasado año, por delante incluso de San Pedro del Vaticano o del santuario francés de Lourdes.

MUERTE DEL CARDENAL LUSTIGER

El domingo 5 de agosto falleció en París, quién fuera su arzobispo entre 1981 y 2005, el cardenal Jean Marie Lustiger. Estaba próximo a los 81 años de edad. Su sepelio tuvo lugar en Notre Dame de París el viernes 10 de agosto.

Monseñor Lustiger nació en el seno de una familia emigrante judía, de origen polaco, su conversión al catolicismo tuvo lugar a los 14 años.

EL LIBRO DEL PAPA

El 28 de agosto se puso a la venta en España el libro **Jesús de Nazaret**, que va firmado por Joseph Ratzinger Benedicto XVI .

Jesús de Nazaret hace un comentario sutil de la vida pública de Jesús, siguiendo los capítulos del evangelio que van desde el bautismo del Jordán hasta la transfiguración. El autor sabe implicar al lector en el tema al iluminar la realidad actual con el mensaje de Jesús.

40 AÑOS DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA

Los días 6, 7 y 8 de julio tuvo lugar la Asamblea Nacional de la Renovación Carismática Católica en España, coincidiendo con el 40 aniversario de su fundación. Tuvo lugar en el Auditorium del Parque de Atracciones de Madrid. Fue un encuentro gozoso y multitudinario, con hermanos llegados de distintas partes de España.

Participaron como ponentes Gregorio López Paños ex -coordinador de la R.C.C. en España y José Luis Ferreira de Oliveira coordinador en Portugal. La mesa de clausura fue presidida por monseñor Ricardo Blázquez, obispo de Bilbao y presidente de la C.E.E.

DÍA DE LOS ABUELOS

La asociación Mensajeros de la Paz Edad Dorada celebró en la residencia Monserrat Caballé de Madrid, el Día de los Abuelos (fiesta de Santa Ana y San Joaquín).

Tras la Eucaristía tuvo lugar un acto institucional cuya pregonera fue la actriz Lina Morgan. Con este motivo, Mensajeros de la Paz Edad Dorada presentó las conclusiones de una encuesta telefónica realizada a un millar de abuelos españoles sobre las relaciones intergeneracionales y el cuidado de los nietos.

VIII JORNADAS DE TEOLOGÍA

Del 3 al 5 de septiembre y organizadas por el Instituto Teológico Compostelano tuvieron lugar en Santiago las VIII Jornadas de Teología, bajo el título de **Romper el silencio sobre Dios: Razón, Fe, Amor**. El arzobispo local, monseñor Julián Barrio presidió las sesiones de apertura y clausura, encontrándose entre los ponentes don Juan Antonio Martínez Camino, don Luis Herrero, monseñor Marcelo Sánchez Sorondo y el obispo de Calahorra don Juan José Omella.

MENSAJE DEL PAPA

Fechado el 20 de julio en Lorenzago el Papa, Benedicto XVI, hizo público su mensaje a los jóvenes del mundo con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud, que se celebrará en Sidney entre los días 15 a 21 de julio del 2008.

El título está tomado de los Hechos de los Apóstoles *Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo y seréis mis testigos*.

Antes de invocar a María, unida en oración a los apóstoles en el cenáculo, el Papa le dice a los jóvenes *Os invito a dedicar tiempo a la oración y a vuestra formación espiritual en este último tramo del camino que nos conduce a la XXIII Jornada de la Juventud para que en Sidney podáis renovar las promesas de vuestro bautismo y de vuestra confirmación*.

VIVIR LA EUCARISTIA QUE NOS MANDO CELEBRAR EL SEÑOR

Pedro Farnés Scherer



Experimentado liturgista, conocido y reconocido como profesor y conferenciante y escritor de numerosos libros y artículos en revistas, también por su exquisita sensibilidad hacia todo lo que atañe al más profundo significado de la liturgia. A sus más de ochenta años de edad, el autor de esta obra ha querido compartir con los lectores algunas reflexiones sobre la Eucaristía **«que nos mandó celebrar el Señor»**, que vienen a ser sus vivencias que nos deja como testamento.

Empieza por decir que en 1932, cuando iba a hacer su Primera Comunión estuvo con su madre buscando en todas las librerías de Barcelona un misal de los fieles en latín y castellano, como se empezaba a utilizar entonces.

Desarrolla el tema de lo que nos mandó celebrar el Señor en quince artículos: la Eucaristía del Señor y los ritos litúrgicos de la Iglesia; el núcleo central de la celebración eucarística; la elevación. El marco y el núcleo central de la celebración; la Eucaristía, Acción de gracias: ¿beber del cáliz o comulgar por intinción?; romper el pan; la Eucaristía del Sacrificio; cómo vivir la Eucaristía; espiritualidad y dinamismo contemplativo de la Plegaria Eucarística; el Ofertorio; los cuatro ofertorios de la misa. Las ofrendas del pueblo; el segundo ofertorio de la misa: la presentación del pan y del vino por parte del celebrante; el relato de la Institución, principal ofertorio de la misa; la Eucaristía, sacrificio de la Iglesia, y los signos litúrgicos primordiales de la participación de los fieles en la Eucaristía. Todos ellos, temas muy sugerentes y de actualidad, que ayudan a clarificar las ideas, que a veces, las que tenemos, son un tanto erróneas.

La celebración eucarística no es otra cosa que la «joya» que el Señor entregó a su Iglesia para que ésta perpetuase por los siglos el memorial que Cristo le dejó antes de su paso de este mundo al Padre, a fin de que perseverase en un mundo visible entre los fieles su presencia y su acción. La Iglesia, por su parte, ha dispuesto y colocado con amor de esposa esta "joya" en unos «cofres», es decir, en el interior de unos ritos litúrgicos que ha ido disponiendo y proyectando, según los diversos lugares y tiempos en cada una de las iglesias.

La Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor consta de dos partes: la proclamación de la Palabra y el sacramento eucarístico: «Id y anunciad el

evangelio», y «Haced esto» -las acciones que el Señor realizó en la Cena- «como memorial mío». Lejos ya de lo que estábamos acostumbrados: una parte preparatoria, llamada ante misa o misa de los catecúmenos, y luego tres partes constitutivas del sacrificio eucarístico: ofertorio, consagración y comunión.

«Tomar el pan y tomar el cáliz», son gestos que repite el sacerdote cada vez que celebra la Eucaristía y que debe dar el máximo realce. La elevación que sigue a la consagración no se deriva de los gestos de Jesús, pues él no elevó el pan ni el cáliz para que fueran adorados, y solamente se encuentra en la liturgia romana, y a partir del siglo XII. En el Misal de San Pío V se decía «el sacerdote eleva», en el actual de Pablo VI **muestra** el pan o el cáliz.

Dos maneras de contemplar la Eucaristía: como Acción de gracias o como sacrificio. La acción de gracias es un elemento constitutivo de la Eucaristía.

«La Eucaristía es sacrificio en el que se actualiza el sacrificio de la cruz, es memorial de la muerte y resurrección del Señor, es banquete sagrado en el que se preanuncia el banquete escatológico, es acción de gracias contemplativa de las maravillas realizadas por Dios...»

¿Es sacramentalmente igual comulgar por intinción o bebiendo del cáliz? Las tres formas de comulgar son legítimas, pero no igualmente fieles a la Eucaristía que «nos mandó celebrar el Señor». La comunión sólo con el pan es suficiente.

La comunión mojando el pan consagrado en la Sangre del Señor es un signo mejor que aquel. Pero sólo beber del cáliz es el signo pleno y totalmente claro del banquete en el que se manifiesta plenamente el significado del banquete, y en el que, servidos por el mismo Señor, comemos y bebemos en la mesa que es profecía del festín de su reino.

¿Ofertorio o preparación de las ofrendas?

Los cuatro ofertorios de la Misa: la procesión de las ofrendas (los fieles ofrecen los dones), la presentación del pan y del vino por parte del sacerdote, el relato de la institución, sobre todo las palabras de la consagración, que tienen sentido de oblación, y la anámnesis que sigue al relato de la consagración, en la que el sacerdote en nombre de toda la asamblea, ofrece al Padre el Cuerpo y Sangre de Cristo.

La lectura y reflexión de este libro ayudará con toda seguridad a vivir en profundidad y con una mayor consciencia el acto central de nuestra fe, que es la Eucaristía.

José Luis Otaño, S.M.

NECROLÓGICA

En el mes de julio falleció en Madrid, D^a Eloisa García Pineda, madre de D. José Francisco Guijarro, Vicedirector Espiritual del Consejo Nacional de la Adoración Nocturna Española y colaborador de nuestra revista. Le enviamos nuestro más sentido pésame con la promesa de tenerla presente en nuestras Vigilias Eucarísticas.



CORPUS CHRISTI

Que viene por la calle Dios, que viene
como de espuma o pluma o nieve pesa,
tan azucenamente pisa y pesa
que sólo un soplo de aire le sostiene.
Otro milagro, ¿ves? Él, que no tiene
ni tamaño ni límite, no cesa
nunca de recordarnos la sorpresa
y ahora en un aro de aire se contiene.
Se le rinde el romero y se arrodilla;
se le dobla la palma ondulante;
las torres en tropel, campaneando.
Dobla también y rinde tu rodilla,
hombre, que viene Cristo caminante
—poco de pan, copo de pan— pasando

Antonio y Carlos Murciano